

nos exige una capitulacion sin condiciones; ¿consentirá en ella el ejército? por lo que á mi hace ¡jamás!...» Y enumeró las fuerzas diseminadas que podia reunir, y de las que le era mas fácil disponer: veinte y cinco mil hombres en Fontainebleau, veinte mil en Lyon á las órdenes de Augereau, otros tantos á las del príncipe Eugenio en Italia, el ejército de Suchet en Cataluña y el de Soult en Tolosa; en todo ciento cincuenta mil combatientes con el emperador á su cabeza, y la Francia insurreccionada.... Esto era mas que suficiente para disputar las cláusulas de una abdicacion. Y disputándolas con las eventualidades de la guerra, ¿no era quizá bastante para reconquistar el Imperio y el honor?

En vano Macdonald y Caulaincourt procuraron obtener por la dulzura y la persuasion, lo que Ney habia querido arrancar con la brutalidad de su franqueza: en toda aquella larga noche no fué posible vencer la obstinacion de Napoleon. Combatia por su posteridad, fingia haber sacrificado lo presente, pero se aferraba en el porvenir. Su hijo, su nombre y su raza sobre el trono, equivalia á recobrar todo su pasado despues de haberlo perdido. La ansiedad de su alma llenaba el palacio de incertidumbre, turbulencia y traiciones. Todos fluctuaban en derredor suyo, como fluctuaba él mismo.

XXVIII.

Caulaincourt se quedó solo con el emperador despues que marcharon los dos mariscales. La noche se pasó en quejas del destino y de los hombres. La ambicion jamás los encuentra fieles cuando no la siguen hasta el suicidio. Sus actitudes eran unas verdaderas convulsiones. Se sentaba, se levantaba, se paseaba, volvía á sentarse y hablaba á solas ó con Caulaincourt. Luego de repente, ar-

rojando con el pie la silla en que apoyaba sus fatigadas piernas, se dirigia á los mapas que tenia estendidos, y marcaba en ellos el plan de campaña que le quedaba en la otra mitad de la Francia.

«¡Crean que la traicion de algunos cobardes es la última palabra de la Francia!» decia á Caulaincourt señalándole el curso del Sena, del Saona, del Loira y del Ródano. «No, no, la nacion no ha ratificado su traicion: yo llamaré al pueblo á mí; ¡Imprudentes! ¿No saben que un hombre como yo no cesa de ser terrible hasta que se halla tendido en el féretro? Mañana, en una hora, al salir el sol, puedo, con un solo movimiento, deshacer todas esas tramas que urden en derredor mio.... Seguidme con la vista, Caulaincourt. Reuno en Lyon ciento cincuenta mil hombres que me quedan; pronuncio la palabra libertad que ahora resuena contra mí; escribo en mis águilas independencia y patria... Si los gefes del ejército están cansados, que reposen en la ignominia: en las charretas de estambre encontraré nuevos mariscales y nuevos príncipes. Sus uniformes, llenos de oro, les han hecho olvidar el capote azul del soldado. Era su mas hermoso título: condecorará á otros.»

XXIX.

Mandó á Caulaincourt que tomase la pluma y escribiese á Ney y Macdonald, que acababan de marchar á Paris, libres por fin de sus juramentos y poco dispuestos á renovarlos. Caulaincourt tambien, apurada, no su adhesion, sino su paciencia, se negó á ello, replicó y le rogó que reflexionase. «No, exclamó Napoleon, todo está pensado, ya no me queda la eleccion de partido. Los aliados han rechazado el sacrificio personal que queria hacerle dos dias ha. Pues bien, á mi vez retiro la abdicacion. ¡Que

sea juez la espada! ¡Que corra la sangre! ¡Que caiga sobre los cobardes que han querido la humillacion del pais!»

Conociendo despues que se estraviaba pensando en cosas pasadas que no podia volver á recuperar, dejó caer la pluma en manos de Caulaincourt. Pareció ceder á la necesidad, se enterneció y aun suplicó: «Somos muy desgraciados, dijo al único espectador de sus perplejidades, ¡vos y yo somos muy desgraciados! ¡Ya lo sé! ¡ya lo sé! ¡Id á descansar un poco, amigo mio, ¡yo no puedo hacerlo! ya volvereis.... Puede ser que la noche me ilumine.»

XXX.

Caulaincourt se retiró para volver al punto que el, emperador le llamase. Pero ya los palaciegos mas íntimos y los compañeros mas antiguos de Napoleon se disponian á marchar para no volver. La fortuna desaparecia del antiguo palacio de Francisco I y se presentaba en París con la aurora de otro reinado. Temian no llegar á tiempo. La sospecha de una fidelidad demasiado prolongada, podia llegar á ser el crimen de toda la vida y la condenacion de una ambicion que no querian abdicar con el emperador. Era evidente que Napoleon habia llegado á ser el enemigo público, el gran culpable sobre quien iban á descargar todas las quejas y todas las desgracias, y el gran proscripto de la Europa y de la Francia. Temblaban verse confundidos en aquel ostracismo. Los mariscales, escepto Macdonald, daban el ejemplo. Cuando la espada se doblaba, ¿cómo habia de resistir aquel resto de corte?... No es en los salones de los palacios en donde se templan las almas y se endurece el carácter. Solo buscaban un pretexto para revestir de cierto decoro la desercion. Napoleon se negaba á darle por su

persistencia y su vacilacion. La impaciencia del abandono se convertia en cólera contra la obstinacion del amo. Los patios, los salones, las galerías, y hasta la antesala del gabinete del emperador estaban llenos de grupos de sus oficiales, dignatarios y servidores, que censuraban en alta voz con severidad y hasta con desprecio su obstinacion en reinar. El ruido se oia hasta lo mas retirado de la habitacion de Napoleon. La voz de la censura se iba elevando á medida que las horas demolian los últimos restos de su situacion. Se veia obligado á abrir de cuando en cuando la puerta para prevenir con voz alternativamente severa é imperiosa á su chambelan de servicio que impusiese silencio á aquella algarabía de la desafeccion. Hasta las mismas confianzas que tenia con sus cortesanos mas íntimos acerca de sus reveses y de sus pensamientos, eran referidas al instante en las conversaciones de palacio, y acrecentaban el descontento ó el temor. Todos procuraban comunicarse mutuamente sus proyectos de fuga para que la ingratitud personal se confundiese con la general. Ya no se avergonzaban de confesar en voz alta el abandono. Unos alegaban la inutilidad de su presencia en un palacio convertido en cuartel, y que iba á llegar á ser una prision: otros la necesidad de ir á proteger en París las madres, las mugeres y los hijos que se alarmaban con su aislamiento: estos enseñaban cartas de Mr. de Talleyrand y de senadores, y aquellos se acordaban de que sus nombres pertenecian antes que todo á la antigua monarquía, y no querian que á su entrada en las Tullerías notasen su ausencia: todos tenian intereses, deberes de familia y respetos de situacion, mas poderosos y sagrados que la inútil obstinacion de rodear á un soldado caido: algunos, por último, tenian complicidades que hacerse perdonar por su presteza en hacer traicion, prenda de nuevas fidelidades que ofrecer á un poder naciente. A la puerta de todas las salas, en las galerías, en las escaleras y en los patios se hacian

preparativos de marcha sin el menor disimulo: la mayor parte se iban sin despedirse. A cada instante el ruido de un carruaje que rodaba por el enlosado del patio, anunciaba un abandono mas. Por la mañana el palacio estaba casi vacío: hasta los criados del emperador habian desaparecido. Cuando llamaba á un dignatario de su corte, á un oficial de su estado mayor ó alguno de su servidumbre interior, le contestaban que se habia ausentado. A cada uno de aquellos síntomas de cobardía y de fingida é interesada adhesion, se notaban en su semblante una amarga sonrisa y una impasibilidad desdeñosa. Parecía que con aquellos golpes se justificaba consigo mismo del desprecio que siempre habia profesado á los hombres: aquel desprecio le justificaba tambien de su propia degradacion. No habia amado nada; todo lo habia profanado; ¿podía contar con un corazon ó con una virtud? No encontró ninguna, ni aun entre los antiguos servidores domésticos, á quienes la familiaridad y el continuo trato suelen adherir mas á la persona que á la grandeza. Richard habia tenido á Blondel, Luis XVI á Clery, pero Napoleon no tuvo ni aun á su mamelucó. Su corte todo lo habia pervertido. Solo los soldados, los oficiales de menos graduacion, y menos allegados á su favor, se manifestaron fieles hasta la última hora: los campamentos al menos habian protegido el honor: el interés habia corrompido las cortes.

XXXI.

¡Que concluya! era por la mañana el grito general de cuantos le rodeaban. Cuando se supo que queria volver á llamar á Macdonald y Ney para romper la negociacion y retirar su palabra, la murmuracion subió hasta la insolencia y el ultraje. Las paredes de aquel palacio de sus

fiestas no habian repetido tantas adulaciones en el tiempo de su gloria, como imprecaciones oian el dia de su caída. Temian, y con razon, no tener tiempo para capitular con los Borbones. Los ejércitos aliados, libres del temor de una batalla al pie de los muros de París por la defeccion de Marmont, que habia tambien dejado descubierta á Mortier, y por la adhesion sucesiva de los generales y cuerpos separados del emperador, habian maniobrado con libertad para cercar enteramente á Napoleon en su último asilo. Las avenidas de Fontainebleau estaban cerradas por todas partes. Los rusos se extendian desde en frente de París hasta Melun y Montereau: otro ejército de Alejandro guardaba á Essonne y el paso de aquel rio. Los caminos de Chartres y de Orleans estaban interceptados por cuerpos numerosos. Todo el pais entre el Sena, el Marne, el Yonne y el Loira estaba ocupado por el grande ejército austriaco que habia seguido la retirada de las tropas francesas sobre París. El débil ejército de Augereau, espulsado de Lyon y rechazado al Franco-Condado, no podia ni aun molestar la retaguardia de los austriacos. El espacio iba estrechándose en derredor del que habia devorado el mundo. Doscientos mil hombres, dispuestos ya hacia dos dias y dos noches en columnas de ataque, iban por fin á caer sobre los últimos restos de la guardia de Napoleon.

XXXII.

Sabedor de la resolucion de los aliados y de sus maniobras mandó llamar á Caulaincourt. Ya fuese sincera su demostracion de energía, ó ya quisiese aparentar que solo cedia á consejos amigos, manifestó la resolucion de desprenderse de aquel cordon de enemigos, haciendo una salida al frente de sus treinta mil hombres. Caulain-

court le hizo presente los grandes peligros que podían correr la patria, el ejército y aun él mismo. «¡Peligros!... exclamó Napoleón, ¿creeis que los temo?... ¡Mi vida es una carga muy pesada de que quisiera librarme!... No soportaré largo tiempo una vida inútil y sin objeto. Pero antes de comprometer la de los demás, quiero interrogarles, quiero saber qué opinan de este partido estremo. Decid á los mariscales y generales que aun permanecen aqui, que se presenten. Quiero saber por fin si mi causa es la suya, y si la causa de mi familia no es la de la Francia. Me decidiré segun su dictámen.»

XXXIII.

Aquella opinion le era ya bastante conocida por las escenas decisivas de las dos primeras abdicaciones, y por la soledad que reinaba en derredor suyo. Era evidente que solo buscaba un pretexto para resignarse y aparentar que sus compañeros de armas habian ejercido una coaccion moral sobre su voluntad. Tomaba prendas ante la posteridad y ante la Francia: queria que pudiese decirse, y decir tambien él mismo algun dia: «Quise, podía combatir y vencer todavia, pero ellos no quisieron. El trono y la patria fueron entregados por ellos, no por mí.» ¿Cómo á no haber sido así un general tan consumado hubiera esperado á verse reducido á veinte y cinco mil hombres, abandonado por sus tenientes, y cercado en un bosque por doscientos mil hombres prontos á atacarle? La historia no debe aceptar como verdades el fingimiento del orgullo reducido á la estremidad. La verdad en semejante materia se halla en los actos, no en las palabras. Los actos de Napoleón en Fontainebleau desde el primer dia, indican con evidencia el pensamiento de negociar, no el de combatir. Sus resoluciones mas bien

son actitudes de negociador, que maniobras de general ya antiguo.

XXXIV.

Berthier, hasta entonces fiel, pero cansado, entró con los mariscales y los gefes de los cuerpos. En sus semblantes se hallaban retratada la tristeza y el embarazo. La palabra ya se habia pronunciado tres dias antes: no querian repetirla, sino que la repitiesen las cosas mismas. Berthier, con palabras breves y oficiales, confirmó los peligros crecientes é insuperables de la situacion. «Fontainebleau quedará completamente cercado dentro de algunas horas.—Lo sé, contestó el emperador como si le incomodase la verdad: no se trata ahora de enemigos, sino de vos y de mí. He ofrecido mi abdicacion, pero en la actualidad quieren que abdique por mi familia. ¿Quiéren que yo mismo despoje á mi esposa, á mi hijo.... á todos vosotros con mi familia! ¿Lo consentireis? ¿Puedo atravesar esas líneas que me cercan, recorrer la Francia y sacarla de su letargo? ¿Puedo llegar á los Alpes, reunirme con Augereau, llamar á Soult y Suchet, alcanzar á Eugenio en Lombardía, pasar á Italia y fundar alli con vosotros un nuevo imperio, un nuevo trono y nuevas fortunas para mis compañeros, hasta que el grito de la Francia nos vuelva á llamar?... ¿Me seguireis?....»

XXXV.

Los semblantes le habian contestado ya de antemano; las voces unánimes le respondieron que aquello era llevar la guerra civil de provincia en provincia por toda la Francia, y atraer los ejércitos de Europa compuestos de mi-

llones de hombres, hasta el último asilo de la independencia del país; que la patria, ya bastante desgraciada, se convertiría en campo de batalla, y de asolación universal. Que no podía haber gloria en donde faltaba el patriotismo; que los conquistadores de la Europa no podían concluir como aventureros de la edad media, yendo á buscar tronos extranjeros despues de haber abdicado el del universo.

El emperador irritado, ó fingiéndolo al menos, pidió que le dejasen solo para reflexionar.

En cuanto salieron los mariscales: «¡Qué hombres!... dijo á Caulaincourt sentándose en frente de sus cartas; ¡Qué hombres! ¡No tienen ni corazón ni entrañas!... Mas bien soy vencido por el egoísmo y la ingratitud de mis hermanos de armas, que por la fortuna. ¡Todo está consumado! Marchad y confirmad las dos abdicaciones.»

Caulaincourt partió tercera vez para París. Ya no quedaba mas que estipular para Napoleon y su familia condiciones más ó menos generosas que los soberanos aliados concedían á aquella capitulación del mundo.

LIBRO NOVENO.

Tratado de Fontainebleau del 11 de abril.—Regreso de Caulaincourt y de Macdonald.—Napoleon se niega á firmar el tratado.—Rumores de envenenamiento.—Ratificación del tratado.—Vida de Napoleon en Fontainebleau.—Viage de María Luisa.—Su permanencia en Blois.—Lucha de María Luisa con los hermanos de Napoleon.—Su partida de Blois el 16 de abril.—Regresa á casa de su padre.—Últimos días de Napoleon en Fontainebleau.—Despedida y alocucion del emperador á su guardia.—Juicio acerca de Napoleon.

I.

Los pensamientos y las resoluciones se acumulaban y cruzaban en la mente de Napoleon entregado á sí mismo. Apenas marchó Caulaincourt, cuando el emperador, por medio de un ayudante que hizo le siguiese á París, le escribió: «Volved; traedme mi abdicacion, estoy vencido, soy prisionero de guerra, cedo á la suerte de las armas, nada de tratado, un simple convenio debe ser suficiente.»

Por la noche, otro emisario llevó á Caulaincourt la orden de suspender toda negociacion.

Despues en otro tercer mensage, le decia, «Os pre-